

J. Vilarroig (ed.) (2017). *En busca del humanismo perdido. Estudios sobre la obra de Juan Luis Vives*. Granada: Comares.

David García Niñerola^a

Juan Luis Vives fue un filósofo polidécrico. Como correspondía a un humanista de su tiempo. La gran virtud de esta edición de estudios sobre su obra es la de recuperar la genialidad de su humanismo, que si lo fue de su tiempo con más razón lo es del nuestro, tan parecido en muchos sentidos al Renacimiento en que vivió.

Cada uno de los enfoques que componen esta recopilación de artículos es la cara de un diamante que nos acerca mejor a la persona de Vives, superficial e injustamente valorada muchas veces –también entre nosotros– pero, sobre todo, a su legado, igualmente desconocido en sus múltiples facetas, y que lo son de una riqueza intelectual sobresaliente.

Como las infinitas caras de una piedra preciosa casi imposible de agotar, el lector encontrará a un Juan Luis Vives

pedagogo, filósofo vanguardista de su época, precursor o antecedente lejano de ciencias modernas como la actual psicología, sistematizador de planes de estudio e impulsor de las primeras formas institucionales de asistencia social, maestro de príncipes y gobernantes o ejemplo lejano de protoliberalismo político. Entre otras muchas cosas, deberíamos decir.

Algunos de estos acercamientos breves también nos muestran a un defensor del pluralismo cultural-religioso y la convivencia pacífica entre diferentes, a un hombre que, amigo íntimo de Erasmo de Rotterdam, poseía una de las miradas más amplias, profundas y *omniabarcantes* de su época, como si estuviéramos ante el tipo especial de pensador en que un tiempo histórico concreto hallase el eco de su espíritu.

^a Licenciado en Filosofía.
E-mail: davdgoni@gmail.com



El broche final inigualable lo aporta la traducción más recientemente conocida de la fábula *De homine* a cargo del sacerdote Luis F. Hernández LC, del Pontificio Ateneo Regina Apostolorum de Roma, magníficamente acompañada de una extensa exposición, con toda la profundidad filológica requerida y en contraste con las traducciones anteriores.

Una breve reseña de cada una de sus colaboraciones, deteniéndome algo más en algunas de ellas, tratará de hacer justicia a toda la riqueza de esta edición de Jaime Vilarroig.

LA EDUCACIÓN

El primer artículo es del propio editor, Jaime Vilarroig Martín, profesor de la Universidad Cardenal Herrera CEU, y lleva por título “Juan Luis Vives, filósofo de la pedagogía”. A través de la obra vivesiana *De tradendis disciplinis*, nuestro autor recorre la mirada de Vives sobre la educación de su tiempo desde las “causas de la corrupción de las artes”, un espacio de reflexión que encuentra su sitio también en nuestros días, en el que una ola de cientificismo parece desprestigiar el ámbito de las humanidades.

EL AMOR

José Vicente Bonet (Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir) nos ofrece la mirada más íntima de

Juan Luis Vives: desde la profundidad de su pensamiento filosófico. “Fructuosa Coniunctio. Amor y compasión en Juan Luis Vives” es una aportación que explora en el humus subterráneo del alma de nuestro filósofo e ilumina su “subsuelo”, aquel terreno teórico más elaborado desde el que cualquier persona edifica su pensamiento y quizá, por eso, el más difícil de esclarecer. Y muchísimo más, seguramente, en el caso de Juan Luis Vives.

Bonet, siguiendo a Carlos García Noreña –referencia académica en este campo–, estudia la obra vivesiana desde la óptica del amor. Desde el papel que juegan las emociones y los juicios de valor en el proceso de las elecciones morales, del ejercicio de nuestra libertad. Es en el libro III del *De anima et vita*, texto equiparable a otros como los tratados sobre las pasiones de Tomás de Aquino, Descartes o Spinoza –incluso cercano a la perspectiva moderna de la neurobiología–, donde el autor reconoce el tratamiento más profundo sobre el amor en Vives, en tanto que sus libros I y II podrían leerse a la luz de los equivalentes II y III del *De anima aristotélico*. Básicamente, puede decirse que en el filósofo valenciano se mantendría una concepción teleológica de la acción moral en que el fin último buscado es y será siempre el bien, pero también que no sería aquí menor el papel de las emociones como modo de conducción o *vehiculación* del juicio estimativo previo, aquel que nos orienta a reconocer,



estimar y juzgar primigeniamente algo como bueno o malo: El término *afecto*, menos definido, se refiere esencialmente a estados de cosas en los cuales “algo aparece como bueno o como malo para mí o para otro”. Los objetos o estados de cosas reales, posibles o imaginarias, pasadas, presentes o futuras, nos afectan en tanto en cuanto las valoramos judicativamente como bienes o males a diferencia del animal –algo que en los otros animales sucede mediante un acto estimativo no judicativo–...

¿Y qué tipo de “amor” se dibuja en el *De anima* vivesiano? Pues parece un paradigma teórico muy cercano al del “eros” platónico. Como si el valenciano hubiera efectuado una simbiosis brillante entre este “erotismo” neoplatónico de base y la teleología moral del estagirita. Separándose ahora de García Noreña, que veía en Vives una división clara entre emociones “básicas” y “derivadas”, Bonet reconoce en el amor el centro que sentará la base del resto de eventos emocionales que podríamos caracterizar solamente después, como el deseo, la compasión, la alegría o la misericordia, otorgándole a este una función de transversalidad en su antropología. Si la voluntad gobierna el alma, es el amor quien gobierna la voluntad, la más fuerte y potente de todas las afecciones, la que nos proporciona razones para actuar... En palabras del autor: Que todo movimiento anímico se dirija a lo bueno o lo malo es algo que cuadra perfectamente con la naturaleza del amor. El bien, por

una suerte de conformidad con nuestra naturaleza, provoca al momento en nosotros una reacción de agrado, gusto o complacencia que es fuente de deleite y dicha. Cuando tal reacción se confirma o consolida hablamos ya de amor, el cual se expresa en signos exteriores.

Las “causas” del amor (la semejanza, la belleza, el bien o el propio amor) y sus tipos, tal y como son reconocibles en la obra de Vives, son explicitados a fondo en las siguientes líneas de este artículo. La división clásica aristotélica del amor de “benevolencia” y “concupiscencia” –ya presente en Tomás de Aquino–, tal y como la retoma el filósofo, dejará al debate alguna cuestión discutible, por ejemplo, la correcta clasificación o no del “amor a uno mismo” (una forma de concupiscencia según Vives) como uno más de sus tipos enunciados. Cabría el debate sobre este punto para José Vicente Bonet, máxime si consideramos que no hay mayor semejanza que la propia autoidentidad. Lo que no cabe, en todo caso, son sentimentalismos superficiales en Vives. Una concepción personalista del amor subyacente a sus escritos cierra la reflexión de esta segunda colaboración. En torno a la necesidad primera del conocimiento de cualquier cosa como paso anterior y previo a ser “amada”, y en relación con la libertad interior que permitiría los dos momentos reseñados antes, tanto el del conocimiento como el del propio amor. Verdaderamente, se ha efectuado una exposición teórica del subsuelo filosófico vivesiano.



ESTUDIO DE LAS PASIONES

El estudio de las pasiones en Juan Luis Vives introducirá al lector en la faceta vivesiana que le ha valido ser considerado, si no el padre de la psicología moderna (como lo designaba en 1915 Foster Watson), sí al menos como uno de sus precursores. Jesús A. Fernández Zamora –Universitat de València– explora en la obra de Vives lo que podría considerarse una primera teoría moderna de las pasiones. Hoy, bastantes siglos después, avalan lo vanguardista de la mirada vivesiana la ingente cantidad de estudios que están iniciándose por todo el mundo sobre la neurobiología de las emociones, incluso el nacimiento de disciplinas como la “inteligencia emocional” o la propia “neuroética”.

RETÓRICA

María del Carmen Lara Nieto, profesora de la Universidad de Granada, ha colaborado con una investigación en torno a una de las materias más importantes para la formación integral humanística de aquella época, tanto que abarcaba campos tan amplios como el civil, religioso, judicial o poético. Su “Juan Luis Vives y la Retórica” repasa el papel que desempeñó en este ámbito el valenciano, del que también será luego un representante internacionalmente reconocido al lado de Valla, Poggio o

Erasmus. *De ratione dicendi* es su obra de referencia.

La gran virtud de este ensayo va a consistir en el análisis de los valores filosóficos que subyacen a la “Elocuencia” en Juan Luis Vives. Nuestro pensador se opuso tenazmente a la vieja escolástica que conoció en la Universidad de París. Su metodología había deshumanizado la investigación filosófico-teológica hasta límites insostenibles... parecía más bien –a los ojos de Vives– una forma depauperada de pseudosaber, ajeno, en palabras de Lara Nieto, a las grandes preguntas que afectan a la realidad y al hombre desde un pensar abstracto excesivamente lógico-formalista.

Juan Luis Vives abandonará en gran parte este viejo lenguaje a favor de un nuevo lenguaje metafísico, uno más cercano a la altura de los tiempos. Las cualidades retóricas tradicionales son expuestas en este artículo de una forma magistral, así como el estudio comparativo con respecto a la aportación vivesiana, una reactualización brillante de la retórica clásica pero distinguiéndose claramente de los antiguos tratados medievales o los ya conocidos de su tiempo. Juan Luis Vives fue un pensador realmente original en todas sus facetas.

EL SOCORRO DE LOS POBRES

El socorro de los pobres. Un tratado precursor del Estado social es otra bue-



na prueba de lo dicho anteriormente: la originalidad de nuestro autor es tan profunda como la amplitud de su pluma. El profesor Enrique Herreras –Universitat de València– desgrana la obra *De subventione pauperum* (1526) para exponer en su análisis una de las dimensiones del pensamiento vivesiano que más delata su pertenencia a la vanguardia intelectual de entonces.

Vives fue un gran promotor y sistematizador de lo que podríamos llamar uno de los primeros diseños pre-modernos de la asistencia social pública a los pobres, en la línea del humanismo cristiano de Tomás Moro y Erasmo.

En *De subventione pauperum*, un escrito dirigido a los burgomaestres y al Senado de la ciudad de Brujas para atajar la problemática de los menesterosos, se ordena a reflexionar sobre las causas y factores que explican el fenómeno de la pobreza, el sentido profundo de su existencia y las posibles soluciones a este mal.

LA EDUCACIÓN DEL PRÍNCIPE

Otra de las facetas más conocidas del filósofo valenciano fue su incidencia en la política nacional e internacional de su época. Y en la filosofía política que la sustentaba. En un mundo académico que reflexionaba seriamente sobre la adecuada formación y cualidades del gobernante, y del que Maquiavelo fue

un exponente claro como “educador de príncipes”, nuestro valenciano tuvo su papel, si bien no desde un tratado sistemático al uso.

José Luis García Martínez –Universidad Internacional Menéndez Pelayo– aborda esta cuestión en su “Vives y Furió: la educación del príncipe tras Maquiavelo”. En el contexto social de entonces, escribe García Martínez, la política se distancia de la teología para conformarse como ciencia, autoconciéndose como un saber autónomo, laico, y desde un paradigma mecanicista. Maquiavelo es su representante. Estamos además en un contexto de guerras religiosas. Tanto Vives como Fadrique Furió (también valenciano) se acercarán al tratamiento de esta cuestión sin ambages ni recelos.

El segundo, con su *El consejo y consejeros del príncipe* (1559), deja por escrito que la clave del éxito consistiría en darle regla, preceptos o avisos tales (al gobernante) para que sepa y pueda ser buen príncipe desde una sabiduría práctica y clásica dirigida al mejoramiento moral de los monarcas, en las antípodas de las tesis del florentino. Ya en 1516 se había publicado *La educación del príncipe cristiano* de Erasmo de Rotterdam. No tuvo, lamentablemente, mucha fortuna la obra de Furió... más bien llegó a acarrearle incluso penas de cárcel, acusado como fue por el dominico Baltasar Pérez de medio infame, muy impío y muy amigo de novedades. Lo avanzado



de su pensamiento, inspirado en la Reforma, solamente tuvo eco en aquellos pensadores que estaban a su altura.

El primero, nuestro protagonista, si bien, como hemos adelantado, no ha legado un tratado estricto sobre la materia, sí atacó igualmente esta temática en dos obras principalmente: la *Carta a Enrique VIII sobre el gobierno del reino, sobre la guerra y la paz*, y en el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Juan Luis Vives dibujó en estos escritos el modelo de príncipe que necesitaba la cristiandad. En medio del avance turco sobre Europa, las guerras religiosas y la corrupción que impregnaba las cortes e, incluso, los órganos de decisión clericales, nuestro autor mantuvo una postura impregnada de pacifismo y espiritualismo, siempre marcada por el interés en el bien común, como escribía a Erasmo en su conocido Epistolario. En la línea, sin serlo, de los mejores tratadistas cristianos de su tiempo.

PROTOLIBERALISMO Y ESPÍRITU CONCILIADOR

Los artículos que ocupan el séptimo y octavo lugar de esta edición se remiten a un cierto protoliberalismo en Vives y su espíritu conciliador, a favor siempre de la coexistencia armoniosa de lo diferente en nuestras sociedades.

En el primer sentido se ofrece “El ethos liberal como puente entre Juan Luis Vives y Ortega y Gasset”, del

profesor Juan Manuel Monfort Prades –Universidad Cardenal Herrera “CEU”–. Javier Gracia Calandín, de la Universitat de València, analiza esta otra perspectiva en “De la ‘Concordia’ de Vives al pluralismo contemporáneo”.

El liberalismo del filósofo Ortega y Gasset es de sobra conocido, y este “ethos”, en palabras de Monfort, consiste básicamente en mantener un compromiso por la libertad sin reservas ni restricciones. En esta colaboración hallaremos un estudio acerca de la conferencia que el filósofo ofreció el 12 de noviembre de 1940 durante su exilio en Argentina, un homenaje que el autor de *La rebelión de las masas* quiso hacer a Vives a propósito del cuarto centenario de su muerte.

Gracia Calandín, a partir de tres obras fundamentales, expone el espíritu del pensador valenciano también como el de un cierto precursor, pero de otro tipo de espíritu –aunque quizás cercano al liberalismo–: el de la promoción de una convivencia cívica dentro del pluralismo cultural y religioso. *Sobre la concordia y discordia del género humano* y *Cuán desgraciada sería la vida de los cristianos bajo los turcos*, ambas de 1529, y *Sobre la pacificación*, publicada en 1530, son los tres ejes en torno a los que gira este acercamiento que se puede hacer a la figura de Vives según Gracia Calandín, como un defensor incansable del diálogo social y la paz, de la coexistencia de paradigmas ideológicos diferentes pero armonizados, y ordenados al



bien común de la convivencia desde el respeto mutuo.

El filósofo valenciano podría encontrarse, así, en la estela del europeísmo de Erasmo de Rotterdam y el tipo de cristianismo que este propugnaba, algo evidenciable a partir de algunas claves fundamentales que le señalan como un adelantado a su tiempo: su profundo y sincero pacifismo radical, una visión de lo religioso como fuente de la reconciliación social –más bien que al contrario–, y su fórmula ética para garantizar esta paz. Son variables de pensamiento que, a juicio del autor, siguen siendo fecundas en nuestros días. Se analizan con minuciosidad. Sobre el pacifismo radical de Vives es buena muestra la actitud interior que el valenciano proponía acerca del ánimo de venganza: ni siquiera la “guerra justa” encontró en él a un ciego defensor. La visión que propone del papel de las religiones en la vida pública llama también la atención, en el contexto histórico de su época, según Gracia Calandín: En Vives la dimensión religiosa no es un elemento del cual haya que prescindir para procurar la paz como lo será años después para cierta versión del liberalismo político. Más bien se trata de todo lo contrario. Vives está reivindicando el papel decisivo que desempeñan las religiones para el logro de una convivencia pacífica... El dominio de las pasiones, la humildad y el amor –incluso al enemigo– configurarían una teoría sobre la paz social que no se identifica con la seguridad ni

el ocio para satisfacer los placeres, sino con el cultivo de un buen corazón (*De concordia*, 234), el único ámbito en que para el humanista se debe dar una lucha interior que lleve al diálogo pacificador. En el caso de este artículo quizás tengamos una de las mejores aportaciones para el estudio del humanismo en Juan Luis Vives.

DE HOMINE

Luis Fernando Hernández LC ha contribuido en último lugar a esta gran edición. Desde el “Pontificio Ateneo Regina Apostolorum” de Roma remite un Estudio introductorio a la fábula *De homine*, en que se adelanta un análisis pormenorizado de este escrito, tanto a nivel filológico como filosófico. Es una forma de exponer las líneas centrales sobre las que ha girado la nueva traducción que ha publicado de esta, y que cierra esta recopilación de artículos ocupando bellamente el décimo puesto.

Luis Vives tiene 25 años cuando dedica esta fábula a su discípulo Antonio de Brujas (1500-1541), un joven perteneciente al círculo de nobles del norte de Europa, y cuya carta dedicatoria se presenta al lector antes de la nueva traducción. Estamos ante un opúsculo de poco más de dos mil palabras que contiene una representación teatral del hombre ante un auditorio divino, en el marco de un banquete que los dioses celebran en el Olimpo. En palabras del



propio Vives: sobre la escena del mundo, en la que cada personaje actúa su parte, y en la que el protagonista es el mismo hombre.

Ejemplo claro de un nuevo antropocentrismo, se propone, bajo un nuevo estilo, la cuestión del papel de la razón humana y la virtud moral en medio de los afanes de esta vida. Ciertamente, es el nuevo antropocentrismo que retrata al Renacimiento, un pensamiento de nuevo cuño que no desprecia la sabiduría de los clásicos, sino que más bien los integra desde el paradigma teológico de la fe cristiana.

Resulta llamativa, en este sentido, la autodeclaración vivesiana como seguidor de Aristóteles –aunque no tanto de la escolástica de su tiempo– o el marcado sesgo estoico de las moralejas que se intuyen en algunos párrafos. En esta dirección, la persona también es vista como un ser dinámico, mimético, a imagen y semejanza de los dioses...

Con un estilo literario caracterizado por la brevedad y la escasez de diálogos directos –la persona es un “personaje mudo”–, nos encontraríamos que la ética de esta obra se impone sin necesidad de discursos moralizantes, alejada de las formas escolásticas rígidas de los tratadistas morales de su época... el estilo de Vives es mucho más profundamente pedagógico. Como escribe primeramente a Antonio de Brujas, su intención es presentar una obra teatral de la cual el lector saque sus propias conclusiones de un modo activo, no “pasivo”. Se completa esta introducción con un magnífico estudio comparativo de las diversas traducciones que se han hecho del *De homine*, sobre todo en las lenguas latina, inglesa y catalana. Así queda prologada la representación teatral más famosa de Vives, una en que, al final del drama, los más sabios de entre los dioses respondieron que no había nada más admirable que el hombre.

